

La Misa del Domingo

Domingo 7º T.O. ciclo A.

“Sed como vuestro Padre celestial”.
19 de febrero de 2017

Este es el **mensaje central** de este domingo propuesto por la Palabra de Dios.

“No rebajemos el ideal”, nos diría Jesús. En el Sermón -lecciones- del Monte, San Mateo, nos presenta a Jesús mostrando su programa para quienes están dispuestos a seguirle. En estos domingos, desde la presentación de las Bienaventuranzas hasta la interpretación de algunos aspectos de la Ley de Moisés (domingo pasado y hoy), el Maestro nos sigue haciendo una llamada a “ser sal y luz en el mundo”.

1º. Jesús da lecciones:

Sí, Jesús, como el Nuevo Moisés, da lecciones, pero “lecciones de vida”, de palabra y de obra, de coherencia. Lo que dice, lo que presenta como mensaje, él es el primero que lo vive.

“No hacer mal al que agravia”. No podemos quedarnos “en el ojo por ojo y diente por diente”. Él fue más allá: “amor incluso al enemigo”. Así terminó en la cruz, amando desde el perdón: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

2º. Sólo los valientes siguen a Jesús:

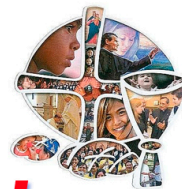
El que alguien -como Cristo aquí- ofrezca un programa para valientes hay que agradecerlo. Es cierto que, aunque en el mundo en que vivimos (como en cualquier otra época) la mayoría de la gente busque lo fácil, lo que no cuesta, lo rastrero y superficial..., no quiere decir que no haya otros que no estén dispuestos a vivir “retos”. Y, he aquí, algunos fascinantes: “Yo -Cristo- os digo: “no hagáis frente al que os hace mal”; “amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen”.

Jesús está ofreciendo, a quien quiera seguirle, un estilo de vida que está por encima de lo “ordinario”. (O sea, que diría san Mateo a los de su comunidad: los “publicanos”, los “paganos”...).

3º. Aportando un plus -desde nuestro ser cristianos- a la sociedad.

El discípulo de Jesús está llamado a crear unas relaciones de convivencia que van más allá de la mera “justicia distributiva”. El estilo de relaciones que propone Jesús se basa en el cumplimiento de la Voluntad de Dios.

El mal no puede erradicarse con la venganza o el “castigo proporcionado” (que es lo que suele demandar nuestra sociedad).



La Misa del Domingo

El mal sólo es posible detenerlo haciendo el bien. O como nos recuerda el Papa Francisco: *“La Sagrada Escritura nos presenta a Dios como misericordia infinita, pero también como justicia perfecta. Parecerían dos realidades que se contraponen. Pero no es así, porque la misericordia de Dios es lo que hace que se cumpla la verdadera justicia. La justicia humana solamente limita el mal, no lo vence, no lo hace desaparecer. La justicia divina, en cambio, supera el mal contraponiéndolo al bien”*.

Esto no significa que haya que “amar el mal” (no hay que ser tan ingenuos que lo disimulemos u ocultemos). De lo que se trata es de rechazar el mal pero “amar a las personas a pesar de sus faltas”.

En la vida social, sin duda los violentos y delincuentes han de ser denunciados, juzgados y condenados por sus faltas. No sería auténtico amor hacer como si no existieran las injusticias o abusos. Es un desafío grave saber gestionar estas decisiones de juicio y condena. En estos casos, la actitud del perdón y de amor al culpable es, sobre todo, la que puede orientar para encontrar el trato adecuado evitando que la condena sea una “venganza” (más o menos maquillada de “justicia”).

4º. “Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo”:

El amor del seguidor de Jesús debe tener como modelo al mismo Dios Padre, que no está sujeto a condiciones: “Él hace salir el sol sobre buenos y malos...”; es incondicional e ilimitado. Este amor de Dios es el que lleva a Jesús a pedirnos este “plus”. Los hijos de Dios debemos amar como Él, obrar como Él. Nos basta cumplir los “preceptos” (humanos y/o religiosos), sino dar pasos para hacer presente ese amor excepcional: gratuito, universal, efectivo allí donde estemos.

Para considerarse cristianos no basta con cumplir con unos meros preceptos, o tradiciones o costumbres... (o, como dice Pablo en su carta a los Corintios: “la sabiduría de este mundo”). Nosotros somos llamados por Jesús a vivir un alto grado de vida -de “perfección”- como el Padre, a ser “su templo”, a ser “signos y portadores” de su bondad.

Sabemos que el Señor nos asiste con la ayuda de su Espíritu para hacer vida su Palabra. Si su exigencia es grande, también lo es su auxilio. Con esta seguridad seguimos caminando tras Él.

(Usta Sánchez, sdb)